

Diego Chapinal-Heras (ed.), *La voz de los dioses. Los oráculos y la adivinación en el mundo griego*, Barcelona, Ático de los Libros, 2023, 313pp.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/v9bxk669>

El volumen *La voz de los dioses. Los oráculos y la adivinación en el mundo griego*, realizado por Diego Chapinal-Heras, no es el típico manual general destinado a repetir tópicos sobre la religión antigua griega ni una recopilación dispersa sin un hilo conductor claro. Para empezar, su título, deliberadamente evocador, afianza la doble ambición de la obra: por un lado, reconstruir con rigurosidad histórica el modo en el que los griegos escuchaban, o creían escuchar, las señales divinas; por otro, ofrecer una obra verdaderamente útil, capaz de orientar al lector entre los principales santuarios, prácticas y debates historiográficos relacionados con la mántrica.

La solvencia de Chapinal-Heras —investigador Ramón y Cajal en la Universidad Autónoma de Madrid, especialista en religión griega, espacios sagrados y en particular en el santuario de Dodona, al que ha dedicado una monografía de referencia (*Experiencing Dodona*, 2021) —asegura el rigor con el que aborda un tema tradicionalmente dominado por clichés.

El libro cuenta con una introducción general (pp.15-28), siete capítulos (siendo los seis primeros analíticos y el séptimo más un epílogo) y apartados finales de bibliografía. Desde la introducción, Diego Chapinal-Heras adopta un enfoque narrativo: inicia con un relato de ficción histórica sobre un joven llamado Fécilo que consulta al oráculo de Dodona sobre su futuro relacionado con la pesca a partir de una lámina de plomo de las halladas en ese santuario. Este recurso de storytelling resulta eficaz para captar la atención del lector y enmarca los tres momentos de la experiencia de consulta oracular: el antes, el durante y el después de la consulta. A través de esta trama, el genuino autor presenta las fuentes literarias, arqueológicas, epigráficas y numismáticas que sustentarán el libro, y destaca que su interés no es colecionar unos simples datos sino entender la magia que pudo ocurrir en los santuarios que tanto misterio tienen. Asimismo, en esta sección incluye unos mapas con las principales ciudades y centros oraculares, que se mencionarán posteriormente,

y que sirve para localizar fácilmente la posición de estos santuarios y relaciones entre ellos según vamos avanzando por los capítulos de la obra.

El capítulo 1 llamado: “¿Qué hace un oráculo como tú en un lugar como este?” (pp.29-73), comienza por situar al lector en la geografía de la Hélade y habla del concepto ciudad-Estado como centro autosuficiente, compuesto por el “asentamiento urbano” llamado asty y el “territorio de alrededor” denominado chora. Aunque también habla de otro modo de ordenamiento de confederación, designado como “*koinon*” (p.32), para ciudades de menos tamaño con consejo federal integrado por individuos con toma de decisiones aproximadamente iguales, poniendo de ejemplo el Koinon de Beocio. Con este trasfondo territorial, el autor recorre los principales santuarios oraculares griegos, organizándolos según la deidad tutelar: así, los oráculos de Apolo, patrón de las artes (Delfos, Delos, Dídima, Claros, Abas, entre otros); los de Zeus, el rey de los dioses (Dodona, Olimpia, Labraunda y Siwa), los de Asclepio, dios de la medicina (Epidauro); y los dedicados a héroes legendarios (como Anfiarao en Oropo). Además, dedica especial atención al *nekyomanteion*, oráculo de los muertos, cerca del río Aqueronte en Epiro, ligado a la necromancia y al descenso mítico de Odiseo al Hades. Por último, el capítulo concluye con una clasificación de los centros oraculares (urbanos, extramuros y panhelénicos) y análisis de la procedencia de los peregrinos (habitualmente numerosos).

El capítulo 2: “Los oráculos y la adivinación en la antigua Grecia” (pp.74-101) aborda la mántica griega globalmente. Se tratan las dos categorías de la adivinación: la inductiva (interpretar señales o el azar) y la inspirada (comunicarse directamente con la deidad). A esta clasificación le acompaña un análisis filológico de lo relacionado con la adivinación como los términos para las víctimas sacrificiales “*hiera*” y si era de consulta en el campo de batalla “*sphagia*” (p.79). Asimismo, define con calidad lo que se entiende por “oráculo” y “adivino” o “vidente”, diferenciando figuras (pitia, adivino profesional, túmulo adivinatorio, etc.) según su función y método. Seguidamente, el autor analiza aspectos historiográficos de los oráculos, explicando cómo sus respuestas podían utilizarse con fines políticos, mencionando casos como la reforma de Clístenes respaldada por los oráculos de Delfos o el intento de Lisandro de sobornar a los oráculos de Delfos, Dodona y Siwa. Finalmente, ofrece un panorama de los orígenes míticos y arqueológicos de varios santuarios relevantes, como Delfos, Dodona, Olimpia, Epidauro y Claros.

El capítulo 3: “El método: las diferentes maneras de escuchar la voz de los dioses” (pp.103-143) contextualiza las técnicas de adivinación como parte

de una experiencia multisensorial. Ahora bien, divide el rito oracular en tres fases: preparación del consultante, consulta y la interpretación de la respuesta. A partir de esto, revisa las modalidades de la mántica (cleromancia, oniromancia, hidromancia...) vinculando cada una a un santuario concreto. Por ejemplo, describe la “inhalación de vapores” por la Pitia de Delfos (p.107), el trance ritual en Dídima, los métodos de azar en Claros (tablas de agua y astrágalos), la incubación sanadora de Epidauro bajo el culto de Asclepio o el uso del roble, las palomas y los calderos de bronce de Dodona. Para terminar el capítulo, el autor lo cierra explicando cómo cada técnica del ritual (podían ser sonidos, aromas o símbolos) creaba la atmósfera propicia para el contacto con la deidad.

El capítulo 4: “He aquí mi duda: ¿Qué me aconsejarán los dioses?” (pp.144-198) se centra en las consultas en sí. A partir de la documentación epigráfica en el oráculo de Dodona, Chapinal-Heras distingue las preguntas privadas que se realizaban (fecundidad, salud, trabajo y asuntos familiares) de las públicas (colonizaciones, rituales cívicos y declaraciones de guerra), siendo las privadas las más numerosas y Delfos como referencia fundamental para los asuntos estatales. Además, el autor insiste en diferenciar los oráculos históricos de las invenciones literarias, siguiendo a Fontenrose y estudia la ambigüedad de las respuestas, señalando que muchas fueron reelaboradas por la tradición literaria o instrumentalizadas políticamente. Además, esta parte del libro da voz a colectivos silenciosos: mujeres y esclavos. El autor destaca que centenares de consultas fueron hechas por mujeres sobre su alfabetización y agenda, mientras que unos pocos esclavos preguntaban casi siempre por su libertad.

El capítulo 5: “Auges y declives de los oráculos en Grecia” (pp. 199-233) estudia la dimensión temporal de los santuarios. Se puede ver que las consultas estaban restringidas en ciertos períodos del año, como en festivales, lo que obligaba a una planificación previa. Después, Chapinal-Heras traza la evaluación diacrónica: tratando a los oráculos como elementos sujetos a cambios de emplazamientos, rituales y prestigio. Su máximo auge se sitúa en las épocas Arcaica y Clásica. En el período helenístico algunos como Dídima vieron aumentar drásticamente sus consultas, mientras que en otros como Dodona entraron en decadencia. Asimismo, con la conquista romana el culto oracular se mezcló con las prácticas de la península itálica, perdurando hasta la prohibición de la mántica en el año 391 d.C. marcando la extinción final. El capítulo también nos habla de episodios tardíos de tensión, como los ataques contra los oráculos en la lucha cristiana-pagana y la célebre consulta

del emperador Diocleciano en Dídima, relatada por Lactancio, que refleja las últimas fricciones entre ambos mundos.

El capítulo 6: “En la piel del peregrino: la experiencia de la consulta” (pp.234-281) puede ser, sinceramente, el apartado más original y con un toque sublime. En este capítulo se adopta un enfoque de antropología fenomenológica, el autor retoma la idea de la experiencia multisensorial y analiza la peregrinación al oráculo como un proceso de cambio personal. Para ilustrar cómo se vivía la consulta, elabora tres relatos breves basados en fuentes antiguas: una consulta pública realizada por Cirene en Delfos, una consulta privada de la sacerdotisa Alexandra de Mileto en Dídima, y la petición de un esclavo llamado Cito en Dodona. Con estos ejemplos recrea los pasos concretos del viajero consultante devolviendo el relato al mundo sensible del creyente. No es casual que el recurso narrativo aplicado en la introducción reaparezca aquí para cerrar la obra: en este capítulo el protagonista vuelve a ser el consultante, con sus dudas, expectativas y vivencias.

Para finalizar, el capítulo 7: “Los griegos y sus oráculos, una historia de devoción” (pp. 282-291) a modo de epílogo para cerrar su obra maestra, Chapinal-Heras hace que el lector se planteé una serie de cuestiones: ¿Hasta qué punto creían realmente los griegos en sus dioses y en la eficacia de los oráculos? ¿Se generó cierta competencia entre santuarios? A lo que responde sintetizando los contenidos previos y destacando que, durante siglos, las consultas oraculares fueron claves tanto en el ámbito público como en el privado. El epílogo enfatiza la continuidad del acto oracular en la conciencia griega hasta el umbral del cristianismo. Así mismo, tras el epílogo, se incluyen los instrumentos académicos: una sección de referencias (pp. 293-300) y otra de bibliografía (pp. 301-313), que resultan de gran utilidad para quien desee profundizar más en el tema.

El estudio que hace Diego Chapinal-Heras se fundamenta en un amplio espectro de evidencias. Primero, utiliza fuentes literarias griegas y romanas (Hesíodo, Píndaro, Heródoto, Pausanias, Plutarco, etc.) y las contrasta con documentación epigráfica (especialmente las tablillas de plomo oraculares de Dodona) y hallazgos arqueológicos de los santuarios como calderos de bronce. Curiosamente, la obra incluye numerosas citas en griego antiguo y latín, con su traducción al castellano; es una decisión consciente para servir tanto a especialistas como a legos, permitiendo apreciar el texto original sin sacrificar la accesibilidad. También, hay que decir que este proyecto aúna una labor interdisciplinar, juntando ciencias como la Historia, Arqueología, Filología, Antropología y Sociología. Además, es un manual muy cercano al

añadir conceptos modernos (arqueología del paisaje y arqueología cognitiva) para interpretar rituales y paisajes sagrados, traduciendo datos técnicos en escenas comprensibles.

El tono que adquiere la obra, de manera general, es divulgativo, pero con matices rigurosos. Chapinal-Heras mantiene un estilo ameno, narrativo y fluido, sin caer en la simplificación. A lo largo del texto advierte de las limitaciones documentales (no pretende listar todos los oráculos menores, pero tampoco los deja en el olvido) y, cuando es preciso, se refiere a estudios recientes en profundidad, como con la obra de Fontenrose o Edinow acerca de la historicidad y ambigüedad de las respuestas, o los corpus epigráficos modernos.

La voz de los dioses es una aportación notable para el estudio de la religión griega. Por un lado, recoge y organiza una gran información sobre los oráculos, aportando una panorámica exhaustiva de su funcionamiento y evolución. La perspectiva antropológica es novedosa en la historiografía española: pone énfasis en la experiencia de los individuos y en el significado cultural de lo sagrado, más allá de tratar a los oráculos como simples objetos de consulta ritual. Asimismo, visibiliza tópicos poco estudiados como las mujeres y los esclavos en lo relativo a la consulta oracular. Por otro lado, se agradece la voluntad divulgativa de la obra para hacer a ese lector no especializado, que quiere leer una buena obra didáctica que le haga enriquecerse culturalmente y pasar un rato agradable, al mismo tiempo que nutre de información al público especializado como puede ser el universitario.

Como valoración final, se puede decir que Diego Chapinal-Heras ofrece un recorrido original por el mundo oracular helénico que renueva la visión tradicional del tema., aportando claves interpretativas valiosas y materializando los datos en narrativas comprensibles. *La voz de los dioses* se postula como una lectura obligatoria para quien se interese por la religión griega antigua y sus repercusiones sociales, pues capta la importancia y lo valioso que es acercarse a los sujetos en sí, a sus creencias y a lo que experimentaron. Por ello, la monografía consigue aunar alcance académico y divulgación de calidad, pudiendo iluminar el fenómeno oracular en toda su complejidad.

ÁLVARO FERNÁNDEZ DE LA VEGA
Universidad de Alcalá
alvaro.fernandezvega@edu.uah.es